

## SARMIENTO, FILÓSOFO DE LA HISTORIA

Estudio sobre los comienzos de la cultura filosófica en la Argentina

«Puede considerarse como un verdadero filósofo de la historia á Domingo Sarmiento. Aunque sin tener ninguna intención sistemática y sin medir tal vez el alcance de sus propias vistas, hizo verdadera filosofía en su gran libro *Conflictos y armonías de las razas* que por un lado podría referirse á la corriente de Gobineau y por otro á la de Spencer. Es muy sensible que la segunda parte de esta obra no haya sido terminada por su autor, habiéndose publicado en fragmentos incompletos. Pero ya en otro libro anterior, de carácter principalmente descriptivo, llamado *Facundo* (1840), había enunciado su criterio fundamental, estudiando los orígenes de la raza argentina (gaucha) en función del ambiente natural y social. El mérito grande de esta concepción consiste en ser anterior á la hoy bien conocida doctrina de Taine anticipándose al sentido más difundido en la sociología contemporánea, como se hace notar en una sinopsis sociológica argentina.

«Mayor fué su significado en el campo de la pedagogía; en ella no fué simplemente un gran apóstol, como en la otra América Horacio Mann, sino que tuvo algunas intuiciones muy parecidas á las de Spencer y Ardigó, sin conocer las doctrinas de éstos, previendo muchas de las conclusiones de la contemporánea pedagogía científica.

«Este gran pensador, que en su inmensa producción intelectual trató los más diversos problemas políticos y sociales de la América española, fué presidente de la Argentina y su memoria es venerada como la del iniciador de una verdadera nueva civilización. Basta leer la obra del profesor español Adolfo Posada, sobre la Argentina, para comprender el alcance de su apoteosis, escrita por conocidos escritores americanos, con motivo del reciente primer centenario de Sarmiento, y en que se inspiran las palabras del egregio Posada: «es uno de esos tipos representativos, monumentales, simbólicos, que, por dicha de sus pueblos, logran entrar, aunque sea como cuñas, y soldarse en la conciencia colectiva de los mismos».

Después de referirse á otros pensadores argentinos, el autor concluye con esta interesante observación:

«Es digno de notarse un hecho muy significativo. Los pocos argentinos que han dado á su pensamiento cierta amplitud propiamente filosófica, son todos naturalistas por sus principios, científicos en su método y agnósticos en materia religiosa; el primero pone su ideal moral en la educación, el segundo en el culto de la verdad y el tercero en la dignidad. Así como hemos podido decir que los albores de la filosofía en los Estados Unidos se caracterizan por el *Pragmatismo* y su moral práctica, podríamos agregar que en la Argentina se caracterizan por un *Naturalismo científico*.

«Esas mismas direcciones científicas predominan en otros estudios de valor, aunque ajenas al terreno propiamente filosófico».

Este juicio acerca de Sarmiento no es exagerado. Para demostrarlo nos limitaremos á transcribir algunas páginas de uno de los más fervientes comentaristas de su obra, José Ingenieros, quien suele tomarla como punto de partida en sus estudios sociológicos. Todo lo que transcribimos á continuación está incluido en su obra «Sociología Argentina» y expresa las ideas esenciales del creador de nuestra filosofía de la historia.

«Sociólogo verdadero, por intuición más que por sistema, fué Sarmiento, con su *Conflictos y armonías* y su *Facundo*, ambos del mejor corte sociológico, obras de precursor genial. No en vano fué el único hombre de genio florecido en tierra americana cuando aun no había amanecido el moderno espíritu científico; volcando en odres nuevos su vino viejo, vémosle, en *Conflictos*, pretendiendo ser spenceriano, intentando por vez primera introducir criterios científicos en el estudio de nuestra evolución histórica.

«Un estudio de sociología argentina puede ser *general* ó *particular*. Si es general, cabe exigirle una interpretación sintética del origen, evolución pasada y tendencias evolutivas venideras de la sociedad argentina; debe abarcar las diversas instituciones que constituyen la superestructura de nuestro organismo social é indagar si todas evolucionan sobre la base de alguna predominante. Con ese criterio escribió Sarmiento su *Conflictos y armonías de las razas en América*, feliz intuición del criterio y del método sociológico contemporáneos.

«Si es particular, se reducirá á estudiar la evolución de una de las instituciones, aisladamente, á través de toda nuestra historia ó de alguno de sus períodos; ó bien tomará un «momento histórico» para indagar sus causas determinantes, sus manifestaciones y sus consecuencias. En este orden será siempre un ejemplo óptimo el *Facundo*.

«Ambos tipos de estudios sociológicos — general y particular — pueden estar tarados por el error, la parcialidad ó ser unilaterales; lo indispensable es que posean un criterio de interpretación, una visión sintética. Un estudio de sociología puede no ser exacto;

pero una crónica desarrollada á través de impresiones subjetivas no puede ser, de ninguna manera, un libro de sociología».

«La formación de la nacionalidad argentina — y de todos los países americanos, primitivamente poblados por una raza inferior — es, en su origen, un simple episodio de la lucha de razas y de su adaptación á las condiciones geográficas del medio cósmico. En la historia de la humanidad podría figurar en el capítulo que estudiara la expansión de la raza blanca y la progresiva preponderancia de su civilización.

«El «medio» y la «raza»: tal como los concibió Sarmiento en *Facundo* y en *Conflicto y armonías de las razas en América*. El primer factor se traduce por la influencia de las condiciones geográficas, determinando diferencias entre los diversos grupos étnicos; el segundo por la continuidad de las variaciones adquiridas bajo la acción del medio, transmitiéndolas de generación en generación. Cuando varias razas se encuentran en un mismo medio, ellas luchan por la vida y sobreviven las que se adaptan mejor á las condiciones de existencias propias del ambiente. Sarmiento, que tuvo la visión del genio, pero careció de conocimientos ignorados en su época, fué el precursor empírico de la sociología argentina; tras la incertidumbre de su lenguaje, fácil es adivinar la precisión de sus videncias.

«La importancia del «medio» en la formación de los pueblos fué ya reconocida en la antigüedad; Montesquieu y Herder la definieron netamente; Humboldt la estudió; Ritter fué un antecesor de Demoullins; Buckle estableció la necesidad de considerar el suelo, el clima, los alimentos y el aspecto general de la naturaleza; Taine dió á esta doctrina la forma y difusión que son notorias, admitiendo á la vez la importancia de la «raza», ya afirmada desde Thierry. Las discusiones corrientes sobre la preeminencia de uno ú otro factor son ilegítimas. Mientras un grupo de una raza vive en un medio, sus variaciones dependen de las variaciones de éste; cuando varios grupos de una misma raza emigran á medios diferentes, varían para adaptarse á ellos; cuando grupos de varias razas se encuentran en un mismo medio, luchan por la vida y sobreviven por selección natural los más adaptados á sus condiciones. Estos preceptos de sociología explican, mediante leyes muy simples, ciertos problemas que suelen parecer oscuros por lo mal planteados».

«Descubierta América, encontráronse frente á frente dos fuerzas que representaban distintas etapas de la evolución humana, correspondiendo á diversas formas de capacidad y organización económica: Europa feudal, en vías de transformarse en Europa industrial, y América salvaje ó bárbara.

«De esta presencia de los distintos exponentes de civilización era inevitable la lucha de la conquista y también el triunfo de aquella raza que hubiera alcanzado mayor desenvolvimiento. Ninguna sociedad civilizada ha sido, en realidad, vencida por otras que lo fueran

menos; ella ha triunfado en último análisis, imponiéndose á sus propios dominadores, obligándoles á aceptar cuanto tenía de bueno, de superior.

«La civilización aria venció y se impuso á las razas americanas. Dominó con suma facilidad á las tribus salvajes que aun no formaban Estados; con alguna dificultad á los pueblos que vivían en las formas superiores de la barbarie, casi en el dintel de la civilización. A mayor diferencia entre los índices de desenvolvimiento correspondió una menor resistencia á la dominación, y viceversa.

«En menos de cuatro siglos han desaparecido del continente americano gran parte de los pueblos aborígenes que no pudieron adaptarse á la nueva modalidad de existencia introducida por los conquistadores.

«Dominadas las razas indígenas, los conquistadores se repartieron el territorio de América para explotar sus riquezas naturales y el trabajo de las razas sometidas. Por las razones geográficas apuntadas, la América del Norte—menos Méjico—cayó bajo el dominio de Inglaterra, y la del Sur en manos de España; esto en líneas generales, prescindiendo de las pequeñas colonizaciones francesa y holandesa, y considerando á la portuguesa como semejante á la española.

«Esta diferencia en el origen de la colonización, como lo entrevió Sarmiento, ha determinado la modalidad con que se desarrollaron los países del norte y los del sur, pues contribuyó á que se formaran dos ambientes sociales esencialmente diversos por sus costumbres, sus sistemas de producción, etc. (1).

«La raza, aparte de las diferencias del medio geográfico, determina una disparidad inicial en las dos colonizaciones».

«Pero la raza no es un factor abstracto: cada raza, en función de su medio, se traduce por costumbres é instituciones determinadas, cuyo exponente más inequívoco es una organización del trabajo humano reflejado en sus condiciones económicas.

«Inglaterra, económicamente, marchaba á la cabeza de Europa, alcanzando antes que cualquier otro país del mundo, las formas superiores de producción y de cambio que preludieron al sistema capitalista; al conquistar la América del Norte trasplantó allí—no por abstractos sentimientos altruistas, mas por la clara evidencia de su propia utilidad económica— todos los elementos y los factores de su adelanto, sus métodos productivos; inoculó virus de fuerza y superioridad, sembrando gérmenes que se traducen ahora por la supremacía económica de ese país sobre el continente americano, de la misma manera que Inglaterra la tuvo entonces sobre el continente europeo.

«España poco pudo dar á su América. Durante el período del coloniaje no introdujo ninguno de los adelantos que las demás naciones europeas aplicaron á la producción. En cambio, Inglaterra

(1) Sarmiento: *Conflictos y armonías*, etc., (capítulo VI y VII, etc.).

se apresuró siempre á introducirlos en la América del Norte. Fué así que al comenzar el siglo XIX estas colonias españolas fueron sorprendidas en plena anarquía de gobierno y de costumbres.

«Inglaterra sometió el Norte á un sistema de explotación inteligente y progresiva; España explotó el Sur con sistemas retrógrados y primitivos. Dadas las condiciones económica de ambas metrópolis no podía suceder otra cosa.

«En suma, las dos corrientes de raza blanca que conquistaron y colonizaron el continente americano no se encontraban en diversas etapas de evolución económica, contribuyendo á la formación de ambientes sociológicos heterogéneos.

«Echeverría (1), entre otras recomendables intuiciones que merecen desglosarse de su obra semiculta y confusa, expresó claramente que para el conocimiento de la formación histórica de la nacionalidad argentina es indispensable estudiar las etapas iniciales de su vida económica, clave fundamental para comprender el mecanismo evolutivo de su régimen político y de sus instituciones. Alberdi (2) tuvo también claras visiones al respecto. Ambos son los precursores de esta manera de tratar los orígenes económicos de la nacionalidad argentina.

«Ese buen sendero complementa la gran ruta señalada por Sarmiento. Conviene, en general, á la sociología el estudio genético de los agregados sociales de reciente formación; si se descuentan ciertas peculiaridades propias del medio y de la raza, su evolución sociológica resume en breve espacio de tiempo las transformaciones que en otros grupos sociales han durado muchos siglos».

«Sarmiento — en *Conflictos y armonías de las razas en América* — encaró con altísima intuición sociológica este problema; en las conclusiones enseñó que la colonización española se distingue «en que la hizo un monopolio de su propia raza, que no salía de la edad media al trasladarse á América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil» (tomo II, pág. 415). En su carta á Mr. Noa (tomo I, pág. 333 y siguientes), pone de relieve la influencia que tuvo la incorporación de los indígenas á la vida nacional. Y en toda la obra esas ideas encuentran desarrollo profundo, dándoseles cardinal importancia.

«Bunge, en *Nuestra América*, sigue rumbos semejantes, aunque fácilmente se adivina que no ha leído *Conflictos*, de Sarmiento. En nuestra población hispano-americana reconoce la resultante de tres grupos étnicos, confundidos en estrecha amalgama, aportando cada uno las características psicológicas que le son propias; pone en segundo término los otros factores étnicos que accidentalmente convergieron á su constitución. Mientras los ingleses tuvieron en Norte América hembras anglosajonas, conservando pura su psicología al conservar la pureza de su sangre, los españoles se cruzaron

(1) Echeverría: *Plan Económico, Obras.*

(2) Alberdi: *Estudios Económicos, Obras.*

con mujeres indígenas, combinando sus tareas psicológicas con las de raza inferior conquistada: en la colonización de ambas Américas esa sería la diferencia fundamental. Los yanquis son europeos puros; los hispano-americanos están mestizados con indígenas y africanos, guardando la apariencia de europeos por simple preponderancia de la raza más fuerte. En nuestra resultante psicológica colectiva, en nuestro carácter nacional, Bunge rastrea los caracteres propios de las razas componentes: la psicología del pueblo español en el tiempo de la conquista, la del indígena americano y la del esclavo africano. Concuera plenamente con las ideas de Sarmiento, compartidas también por algunos escritores secundarios».

.....  
 «La formación de la sociedad colonial resulta incomprensible sin el conocimiento previo del medio físico y de las razas que en él se refundieron: estudio que Sarmiento planteó en sus grandes líneas, aunque no pudo realizarlo en forma completa (*Conflictos y armonías, etc.*). Aparecen ya, en esa época, ciertos sentimientos característicos de la mentalidad argentina, que fueron sedimentándose hasta descollar en la psicología de la sociedad hispano-indígena.

«Su origen en las condiciones materiales de vida, nos parece desprenderse francamente de los estudios de García. El culto del coraje individual y el sentimiento de la grandeza del país no pudieron escapar á Sarmiento: «Este hábito de triunfar de las resistencias, de demostrarse siempre superior á la naturaleza, de desafiarla y vencerla, desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia personal y de la superioridad. Los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados ó ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nación; todos los demás pueblos americanos le echan en cara esta vanidad y se muestran ofendidos de su presunción y arrogancia» (*Facundo*, pág. 33). Esta observación, desarrollada por Sarmiento en otros escritos que huelga citar, necesitaba ser demostrada en función del medio económico y social: en *La Ciudad Indiana* la demostración es completa».

.....  
 «La pereza fué claramente señalada por Sarmiento como una de las características psicológicas del criollo hispano-indígena; encuentra sus raíces en la indolencia castellana y el hidalgo desprecio por el trabajo, en cualquiera de sus formas productivas. Alberdi la analiza con igual criterio en los primeros capítulos de sus *Estudios económicos*; García intenta explicarla en *La Ciudad Indiana* y Bunge considera en *Nuestra América* que ella es la base de la trinidad psicológica de los hispano-americanos.

«La sociedad colonial se compone de dos clases sociales: los poseedores de la tierra y los indigentes, aparte del mezquino comercio que está en manos de los primeros. Para el uno el trabajo es vil; para el otro es improductivo. El terrateniente es rentista por carácter; el indigente sabe que nunca conseguirá por su trabajo adquirir la propiedad de la tierra, fruto del privilegio. Ese divorcio de la propiedad y el trabajo en nuestro régimen colonial, netamente demostrado por García, inspiró á Rivadavia

sus leyes agrarias y fué descrito por Alberdi y Estrada. Allí está el germen de la pereza argentina: los unos consideran denigrante el trabajo y los otros creen inútil trabajar sin la esperanza de adquirir la tierra monopolizada por pocos privilegiados.

«Ese hecho tiene por consecuencia el hábito colectivo de la pereza, cuando ciertas condiciones del medio contribuyen á hacerla posible: la excesiva producción natural. Nuestros campos llenos de ganado que se carneaba para vender el cuero por un precio irrisorio, excluían la necesidad de trabajar para comer; esa abundante ganadería sin dueño, señalada por todos los cronistas del coloniaje, permitió que la pereza arraigara hondamente en hombres cuyo único instrumento de trabajo fué el cuchillo para carnear en cualquier sitio y momento».

.....  
 «La base mesológica y económica del período anárquico de la historia argentina fué intuita con claridad por el genio de Sarmiento.

«Hemos visto ya la influencia de los factores económico-sociales en la determinación de la anarquía y de su forma política, sintetizada en el régimen caudillista. Tócanos ahora poner en evidencia los rasgos típicos de ese período.

«La base económica de la anarquía es la falta de intereses comunes, la ausencia de sociedad y de intereses sociales, en sentido económico. La demostración de este hecho nos la ofrece el más ilustre contemporáneo de la época, el inagotable Sarmiento. «En las llanuras argentinas no existe la tribu nómada; el pastor posee el suelo con títulos de propiedad, está fijo en el punto que le pertenece; mas para ocuparlo ha sido necesario disolver la asociación y derramar las familias sobre una inmensa superficie. Imaginaos una extensión de dos mil leguas cuadradas, cubierta toda de población, pero colocadas las habitaciones á cuatro leguas de distancia unas de otras, á ocho á veces, á dos las más cercanas... La sociedad ha desaparecido completamente; queda solo la familia feudal, aislada, reconcentrada; y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar á los delincuentes... fáltale la ciudad, el municipio, la asociación íntima, y, por tanto, fáltale la base de todo desarrollo social; no estando reunidos los estancieros no tienen necesidades públicas que establecer, en una palabra, no hay *república*» (págs. 29 á 31). He ahí, en pocas líneas de Sarmiento, la clave de la anarquía: los habitantes viven desunidos *y no tienen necesidades públicas que satisfacer*. Ese es el engranaje económico de toda la época: no hay unidad de intereses. La vida de nuestras campañas flotaba sobre la anarquía económica. En esas condiciones de ambiente el hombre solo está vinculado por sus sentimientos de simpatía, sólo obedece á la sugestión del coterráneo más prestigioso por sus cualidades personales; una razón única asocia esas fuerzas dispersas: el vago sentimiento defensivo contra un enemigo común, verdadero ó imaginario.

«En ese ambiente no existe ningún sistema artificial de producción. Verdad es que su característica principal consiste en el predominio del pastoreo sobre la agricultura apenas naciente y sobre el comercio ó las industrias muy embrionarias: obsérvese que por entonces el pastoreo no es una industria pecuaria, sino una forma natural de explotar la naturaleza rica de pastos. Esto no es simple conjetura: «la cría de ganado no es la ocupación de los habitantes, sino su medio de subsistencia» (*Facundo*, pág. 29). El gaucho, en efecto, no trabaja; la familia rural prepara al hombre para la montonera; en ese ambiente, con tal naturaleza rica, criados sobre el caballo, sin obligaciones de trabajo, no es posible ninguna organización colectiva de la vida económica y política. Cuando un hombre más prestigioso que otros enarbola su pendón de aventura y de pelea y le rodean sus amigos y los amigos de éstos: he ahí la montonera. El mismo engranaje asocia á los pequeños caudillos montoneros en torno de otro caudillo á su vez más prestigioso. Así tenemos de nuevo planteada la fórmula: donde faltan intereses económicos definidos los hombres se agrupan por razones de influencia y de prestigio personal. Sobre esa base se yergue todo el sistema caudillista. Hay cierta concordancia entre ese estado social y el feudalismo: el caudillo montonero es un señorzuelo sin títulos, con un rancho ó una estancia por castillo, que va rodeado por sus vasallos, á defender las armas de su rey: Artigas, Facundo, Ramírez. En cierto momento la mano superior de un Rosas empuña todas las riendas, unce los bárbaros á su carro escarlata y llena un largo ciclo de nuestra historia»

«Después de la anarquía del año veinte, dos tendencias, cuyos intereses son heterogéneos (conteniendo en germen el conflicto económico universal entre el interés y la renta), fueron la base de la lucha civil, disfrazada con los nombres de Unitarismo y Federalismo. Esos dos partidos representan las formas fundamentales que más tarde revestirá la naciente burguesía argentina.

«El hecho fundamental de la época es que los intereses de las oligarquías feudales eran los más importantes en la vida económica argentina; por eso le correspondió lógicamente el predominio político sobre la oligarquía metropolitana (1825-1850). El proletariado rural, ignorantísimo, sirvió en esta lucha á la clase feudal.

«El caudillismo anárquico, en suma, representa una forma política de transición, propia de un agregado social cuya constitución está en vías de definirse. Sarmiento, en *Conflictos y armonías*, tuvo la intuición exacta del fenómeno, aunque no pudo expresarlo como hoy podría exigirse de un sociólogo. «La lucha parecía política y era social», dice (II, 472); social entre la «barbarie» y la «civilización», nombres inexactamente aplicados. Otros autores han pretendido identificar el federalismo con el proletariado rural y el unitarismo con la naciente burguesía urbana, como si se tratara de una lucha de clases. Esas interpretaciones son erróneas; las luchas de esa época no fueron entre la burguesía naciente, deseosa de afirmar su poderío de clase, y las multi-



tudes desheredadas que defendían la barbarie agonizante. Fueron luchas entre dos facciones oligárquicas que se disputaban el poder al surgir sobre el sistema económico colonial: la una tendía hacia el régimen feudal, sistema conveniente para la clase feudataria; la otra representaba la tendencia económica propia de la fracción comercial, radicada en la única aduana natural del país. La primera tuvo el apoyo del proletariado rural semibárbaro, siervo obligado de sus caudillos».

.....

Alberdi y E. Quesada coinciden en señalar un equivoco fomentado por Sarmiento, cuyo *Facundo* concurrió á cimentar la leyenda del federalismo bárbaro y el unitarismo civilizador; solo cabe ver en el primero una sistematización de las oligarquías feudales que representan los más grandes intereses del país, contra una exigua oligarquía porteña constituida por una aristocracia de tenderos con actitudes de personajes. «En la antítesis paradógica de *civilización y barbarie*, que Sarmiento ha hecho popular, se asigna á Rosas y los federales el último papel, y se deja el primero á los unitarios, eminentemente urbanos: éstos simbolizan las ciudades, aquéllos las campañas. Esa antítesis se ha convertido en una muletilla, pero es tan infundada que Alberdi mismo ha observado que lo «curioso es que representa la barbarie el que cabalmente representa la civilización, que es la riqueza producida por las campañas, mientras que en las ciudades, por siglos, estuvieron excluidas las artes, la industria, las ciencias y las luces: las campañas rurales representan lo que Sud América tiene de más serio para Europa (1)».

.....

«El antecedente de *Facundo* imponía, sin duda, la obligación de estudiar el medio con un criterio más sociológico, más tainiano. Y aproximamos los nombres de Sarmiento y de Taine para señalar en el argentino un precursor del crítico francés.

«El hombre producto del medio y exponente de una civilización: fué el concepto sociológico de Sarmiento. En *Facundo* enuncia los factores concurrentes á la formación de la nacionalidad argentina.

«Un sociólogo — dice — que hubiese llegado á penetrar en el interior de nuestra vida política, premunido del conocimiento de las teorías sociales, «hubiérase explicado el misterio de la lucha obstinada que despedaza á la república; habría clasificado los elementos contrarios, invencibles, que se chocan; hubiera asignado su parte á la configuración del terreno y á los hábitos que ella engendra; su parte á las tradiciones españolas y á la conciencia nacional íntima, plebeya, que ha dejado la Inquisición y el absolutismo hispano; su parte á la influencia de las ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte á la barbarie indígena; su parte á la civilización europea; su parte, en fin, á la democracia consagrada por la revolución de 1810, á la igualdad, cuyo dogma

(1) Alberdi: *Escritos póstumos*, V, 27<sup>o</sup>.

ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad» (1). Y después de este plan soberbio nos ofrece el estudio de la anarquía argentina y del caudillismo, *en su ambiente cósmico y social*, comenzando por estudiar el aspecto físico de la República Argentina—los caracteres, los hábitos é ideas que engendra—los rasgos originales del alma gaucha: el rastreador, el baqueano, *el gaucho malo*, el cantor—la difusión de la población rural—el predominio de los pueblos pastores sobre los agricultores y sobre la fracción comercial—el individualismo nómada del gaucho y su asociación transitoria en la pulpería—los orígenes de la revolución argentina, hasta llegar á la instauración de la anarquía y el caudillismo. Sobre esa pauta, después de agotar genialmente el estudio del escenario, examinó al protagonista, á Juan Facundo Quiroga, siempre «en función del medio».

«Taine tenía diez y siete años cuando Sarmiento publicó esa biografía del Tigre de los Llanos».

.....

«Sobre esa anarquía política, ruinoso escombros de una democracia necesariamente inorgánica, surgió Rivadavia, cuya genialidad reformista se avino mal con el espíritu miope de la tímida oligarquía porteña y chocó violentamente á las oligarquías bárbaras del interior. Querían un amo de su estilo y lo tuvieron: Rosas, tipo del caudillo superior, perfecto dentro del ambiente caudillista, el «hombre representativo» de su época, emersonianamente. Ayarragaray es ecuánime en su juicio: «En la tradición y en los hábitos imperantes halló los abusos y desmanes que sirvieron de resorte á su política. Poco tuvo que inventar; exageró, modificó y sistematizó procedimientos; en una palabra, *dió esplendor* á las monstruosas extralimitaciones que desde nuestros orígenes implantaron el fraude y el desorden en las costumbres políticas argentinas» (*La anarquía argentina y el caudillismo*).

«En el ambiente de la anarquía política, la autoridad está representada personalmente por el caudillo: éste es el órgano natural de la actividad política arbitraria y facciosa.

«La anarquía determina un estado de inseguridad que mantiene en perpetua zozobra los espíritus, agregando su oscuro tono en la paleta que refleja la gama sentimental de las campañas anarquizadas.

«En la capital como resultado lógico de ese mismo desorden é inseguridad, aparece la mazhorca; Ayarragaray admite que no fué una creación de Rosas, sino la resultante de nuestros violentos hábitos políticos, gravitando desde temprano, como institución común á todos los regímenes. Coincide en esto con el mismo Sarmiento: «Rosas no ha inventado nada; su talento ha consistido sólo en plagiar á sus antecesores y hacer de los instintos brutales de las masas ignorantes un sistema meditado y coordinado friamente» (pág. 50. Edición oficial); la misma opinión comparten

(1) *Facundo*, Introducción, 1845.

otros escritores nacionales, preparando así la justificación de Rosas... y acaso una relativa rehabilitación, demoliendo las mistificaciones históricas de sus enemigos políticos. Sarmiento, genial aun en sus pasiones, enmendando *a priori* los propios desbordes, escribía en 1845, á renglón seguido de sus insultos: «Por otra parte, las pasiones que subleva entre sus enemigos, son demasiado rencorosas aun para que pudieran ellos mismos poner fe en su imparcialidad ó en su justicia» (Introducción). Puede afirmarse que después de sesenta años la situación no ha cambiado: muchos hijos heredaron la apasionada parcialidad de sus padres».

«El caudillismo comienza á evolucionar á medida que la vida económica se organiza: el país se *civiliza*, para usar el exacto vocablo de Sarmiento.

«Al pasar de lo que llamaremos *régimen feudal* al *régimen agropecuario*, los intereses económicos se definen por la industrialización de la agricultura y la ganadería, en reemplazo del pastoreo espontáneo y por el desarrollo de las industrias, correspondiéndoles el desenvolvimiento del comercio. Estos fenómenos se producen (á igualdad de condiciones propias de la tierra) en aquellos centros urbanos y sus inmediaciones, cuya situación geográfica facilita la circulación de los productos. Por eso, en cierto momento, Buenos Aires está en vías de civilizarse, mientras el interior permanece en la barbarie feudal. Entonces comienza la evolución del caudillismo violento hacia el «manso é intelectual». La opinión está formulada por Sarmiento en estas clarísimas palabras: «Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fué reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él: por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo». (Introducción al *Facundo*, 1845).

«Donde hay evolución económico-social el caudillismo se transforma. En cuanto se definen intereses, los partidos políticos tienden á defenderlos, siguiendo á *individuos que los representan*: no á caudillos sin más representación que su prestigio personal.

«Los caudillos de la anarquía argentina, hasta el año treinta son *pueros*; Rosas es ya un caudillo evolucionado: representa los intereses de las oligarquías feudales que componen la clase conservadora (que se titula federal), contra la oligarquía porteña que tiene en sus manos la gran aduana del país (que se titula unitaria). En este sentido, Rosas, á pesar de sus errores, encarna la constitución de la nacionalidad, es decir, la unificación más ó menos definida del país feudal: podría celebrársele como al verdadero supresor de la anarquía. Con Rosas y su época comienza la vida política argentina, se organiza la sociedad, presa hasta entonces de agitaciones inorgánicas é indefinidas.

«La anarquía y el caudillismo surgen, pues, de ciertas condiciones del medio económico-social. Donde ellas existen (aparte circunstancias especiales de modo y lugar) el caudillismo es posible y representa el sistema político normal; cuando ellas desaparecen, el caudi-

dillismo se atenúa progresivamente, suplantado por una política orientada según los diversos intereses que se definen en la constitución económica del agregado social».

.....  
 «Atribuyendo á la herencia española mucha parte de nuestros defectos nacionales, Sarmiento insistió durante medio siglo sobre el único remedio que podría aliviar los males de las naciones sudamericanas: *la europeización*. Consistiría ella en asimilar la cultura y el trabajo de las naciones europeas más civilizadas, regenerando la primitiva sangre hispano-indígena con una abundante transfusión de sangre nueva; su pronóstico, fácil, fué confirmado por una afluencia de educacionistas europeos durante su gobierno y por el incremento ulterior de la inmigración europea. Muchos años más tarde, un ilustre pensador español, Joaquín Costa, planteó para España el mismo problema que Sarmiento había planteado para las antiguas colonias hispano-americanas.

«Lo que en España es un deseo de pocos pensadores, resistido por la inmensa mayoría de los políticos, en Sud América es un hecho en vías de realización; brazos y cerebros vienen de Europa á redimirnos de la pobreza y la incultura, y con Europa procuramos nivelar nuestras industrias y nuestras artes, nuestras ciencias y nuestras letras. La hora vendrá en que podamos poner un sello propio, nacional, á esta civilización que se va formando.

«Todo el continente americano acabará por «europeizarse», sinónimo en este caso de civilizarse. Así lo preveía Sarmiento: «¿Qué le queda á esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra? Nivelarse; y ya lo hace con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media. (II, pág. 414). En ciertos países y regiones de Sud América, la europeización es ya un hecho realizado, sobreponiéndose la economía y la cultura modernas á la herencia medioeval que nos legara el coloniaje. Y el fenómeno se irá extendiendo inevitablemente; la sociología puede afirmar esa futura transformación de la América latina».

.....